

# El español

*En honor a Miguel León-Portilla*

Han pasado tres días desde que Tenochtitlan cayó. El agua turbia de los canales invade la tierra haciendo caso omiso de sus fronteras. Entre los gusanos, arrastrándose en charcas donde no cantan ranas, los ciegos palpan los cadáveres en busca de un rostro conocido, esperando que sus manos evoquen los rasgos de un amor pisoteado. Un viento frío se arrastra por las calles y no permite olvidar, no permite soñar, sólo recuerda los días del Sol negro, las noches de la Luna negra. Ha escampado y sin embargo no parece haber esperanza.

Se oyen las risas, los cantos profanos. En el Templo Mayor, en cuyos vestigios aún quedan rastros de grandeza, un grupo de soldados de Castilla y Aragón se encuentra alrededor de una crepitante hoguera. Las lenguas del fuego tocan las estrellas, son las alas del fénix que desean escapar de la madera y volar, nada más. Las esclavas mexicas sirven los alimentos con los senos lozanos descubiertos. Los soldados ríen y las acarician con deseo. Ellas no se inmutan, no suspiran, lloran ocultas en los rincones, rodeadas de incertidumbre sin mostrar su dolor ante los demonios de Hernán Cortés.

Lejos del infierno, lejos del paraíso, un soldado castellano observa el cielo sin nubes, sin estrellas, sin alma. Su cabello dorado es un fulgor, faro que guía el vuelo de la libélula a través de sombras en movimiento. Los aromas de la tierra someten al hedor de su cuerpo. En la mano sostiene con fuerza un camafeo con la efigie de Cristo, lo aprieta más, desea hacerse daño y conseguir la absolución a través del dolor, esa marca en la piel que es nada, que no es verdadera herida, que no se compara a la del indígena.

¿Quién es él? Hasta hace unos días creyó saberlo: un soldado de Cristo, un portador de la única fe, un mensajero de la Santa Iglesia, un hombre de Castilla y Aragón. Pero ese

ser que le devuelve la mirada a través de las aguas de la laguna es nadie, sólo una marioneta que perdió sus hilos y maquillaje grotesco, intentando llamar la atención con melancolía, sin una voz y un rostro capaces de diferenciarla en ese valle de sufrimiento y muerte donde alguna vez el Sol y la Luna se unieron para crear. Ese ideal que él y sus compatriotas enarbolaron en contra de la barbarie náhuatl no es sino un mar revuelto de contradicciones y absurdos. ¿Acaso Cristo habría levantado la espada y alimentado el fuego en contra de ese mundo tan distinto? ¿Acaso Cristo habría arrancado a los bebés de los brazos de su madre para alimentar a los perros? ¿Acaso Cristo habría sido capaz de mirar a los ojos del guerrero del Sol y cerrarlos para siempre como si fuesen los de una bestia? ¿Acaso Cristo habría violado a una niña o cortado los senos a una anciana? ¿Acaso Cristo...?

La memoria, en un juego de olvidar y recordar, la trae a ella de vuelta, junto a su aroma de lirio, el terror impregnado en la valentía de sus ojos, la osadía de su porte. La lucha entre español y mexica, una pelea que fue más allá de mantener la integridad física. Los senos descubiertos, las manos ávidas, la piel sudorosa, las erecciones incontrolables. El trágico choque de dos culturas, dos mundos, cuando el pene deshizo la flor. Y entonces el llanto sin lágrimas ni gemidos de ella, el atavismo, la verdadera fe de él. El entrechocar de las carnes, el camafeo de Cristo danzando en el aire, el orgasmo cada vez más cercano, clímax que sólo podría renacer en dolor.

Ahora ese recuerdo duele más que la espina del maguey que atraviesa el ala del colibrí. Pero no puede engañarse a sí mismo, la erección del presente lo delata: aún goza del recuerdo profano; siente las sinuosas caderas entre sus manos; la lengua de esa boca inexperta que en ocasiones cedía en su defensa para luego retomarla con bríos renovados; el semen fluyendo interminablemente; el acero de su espada que también probó la carne de doncella.

Su corazón se encuentra sin sosiego; cuervos le visitan constantemente y arrancan pequeños pedazos, llevándoselos lejos, más allá de los volcanes. Ya no puede negar lo que ha visto y hecho. Ahora se encuentra a la deriva en una frágil y precaria frontera: por un lado sus hermanos los españoles, crueles jueces, y del otro los mexicas, los bárbaros. Al haber aceptado su miserable condición es distinto a los hombres de Castilla y Aragón; pese al remordimiento jamás podrá aceptar a los indígenas y su piel oscura que parece ocultar un terrible secreto. Él es una piedra gris en el lecho negro y blanco del fondo de un río.

Necesita escapar. ¿De quién, de qué? De los españoles, de los mexicas, de la mirada de Cristo, de sí mismo. Se levanta con el ímpetu del águila que remonta el vuelo, olvidando sus heridas y la sífilis que le carcome el alma. El camafeo con la imagen de Cristo se queda abandonado en la escalinata, donde más tarde un coyote lo recogerá para llevarlo de regalo a la Luna. Empieza entonces la huida, cuyos únicos testigos son los árboles que caminan en silencio, lentamente con dirección al mar. El aleteo de las mariposas ciegas acompaña los pasos desesperados con una nota eterna. La laguna parece respirar.

La espesura se abre ante sus ojos como las fauces de un monstruo, laberinto indescifrable de colores verde y café. En el cielo aparece una estrella tardía, como si un pintor descuidado, al terminar su obra, se acordase de su ausencia y con una pincelada enmendara el error. Otra estrella abandona las sombras y una más cerca de la luna, hasta que cientos de ellas forman un sendero. Pero su luz no llega hasta los pasos del soldado, delante sólo tiene oscuridad y hojas que caen y lloran al ser pisadas con descuido. Su corazón, con dolor y locura, salta incontrolable como si estuviese a punto de escapar; irónicamente desearía que un sacerdote mexica le aliviara de ese dolor con el filo de un cuchillo de obsidiana. Cae repetidamente sobre las piedras, se orina en los pantalones y siente un ardor paralizante. Y, en un instante, como el relámpago herido que parte a la

mitad el ombligo de la luna, el recuerdo de los pezones entre sus labios y la sangre virgen que humedeció las manos permanece en la memoria y no le abandona.

Llega hasta un claro donde la vida de la vegetación infinita parece tomar un respiro. Exhausto, se arrastra sobre las raíces y los guijarros, lastimando más su maltrecho cuerpo. Se desploma sobre un charco repleto de ajolotes, donde al fin, según cree, habrá de llegarle un sueño sin conciencia, la expiación de sus pecados tras ese correr desenfrenado sin avanzar, sin llegar a ninguna parte.

El rugido del jaguar le despierta de sus pueriles ensoñaciones. El instinto le dice que debe levantarse, pero su cuerpo se lo impide. Se queda ahí, en la podredumbre del charco, esperando. Cinco jaguares aparecen de entre los árboles y le rodean. En sus ojos puede leerse una tristeza insondable experimentada por quienes han visto el final de cinco eras. Las manchas de obsidiana recuerdan su fuerza, el amor a la sangre y a la vida, sus colmillos y garras capaces de cazar a todas las luciérnagas de la noche. Nobles gigantes como los ahuehuetes, los jaguares le observan mientras trazan con sus pasos la figura de una serpiente a su alrededor.

El soldado, pese a sus temores, siente que la alegría desborda su pecho. ¡La justicia ha llegado! Los jaguares hambrientos le destruirán y de esa forma los pecados serán perdonados, su alma nuevamente estará limpia. Los cielos le han dado una oportunidad. El jaguar más anciano se aproxima a él mostrándole los dientes. Hombre y animal están tan cerca que no parece haber diferencia entre uno y el otro. El viejo jaguar ruge y el mundo calla, pero el español sonríe ante la muerte segura. Los ojos de jade observan al hombre blanco y en su interior se topan con un árbol patético cuyas raíces han abandonado la tierra en busca de alimento, unas aves sin cabeza que descansan en sus ramas y manos de viento que bailan a su alrededor como fantasmas y le quitan los últimos vestigios de vida. La

soledad y miseria de pedernal ahogan su corazón. Entonces los demás jaguares cierran sus ojos y regresan por donde vinieron. El más viejo, su mente perdida en un océano de melancolía que conmovería a un Dios, le dirige al soldado una mirada extraña, casi humana, y sigue a sus compañeros. Sus garras se van limpias de sangre española.

—¡No, por favor! ¡No se vayan! ¡Mátenme! ¡MÁTENME!

Pero los ruegos son inútiles. En su estado es incapaz de seguir a los jaguares. Cae en la tierra torpemente como si fuese un muñeco de cuerda roto. Nuevamente orina y el ardor le hace gritar. Da berridos incontrolables, babea rabioso, se arranca pedazos de piel con las uñas y sus lágrimas se unen con los otros fluidos, creando un color extraordinario, invisible para su alma. Pero no es locura lo que aqueja sus sentidos, sino la conciencia, la realidad que ha caído sobre sus hombros: sin importar a donde vaya o lo que haga, nunca será capaz de escapar de esa prisión de recuerdos y librarse de la bestia que posee sus ojos, camina sus pasos y se materializa ante un espejo.

Diego Suárez Rojas